

Diseñar el desorden: Experimentos y disrupciones en la ciudad¹

Como parte del 1er Foro I+D+C: *Encuentros de innovación en Artes y Humanidades*, Richard Sennett, sociólogo estadounidense adscrito a la corriente filosófica del pragmatismo, profesor emérito de Sociología en la London School of Economics, profesor adjunto de Sociología en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y profesor de Humanidades en la Universidad de Nueva York, mantuvo una conversación con Pablo Sendra, profesor de Planificación y Diseño Urbano en Bartlett School of Planning de University College of London, cofundador del estudio de diseño urbano Lugadero y de la red Civicwise, moderada por Jaime Rodríguez Uriarte, editor de Alianza Editorial. En esta charla se presentaron algunas de las ideas principales del nuevo libro de Sennett y Sendra titulado *Diseñar el desorden: Experimentos y disrupciones en la ciudad*. Se discutieron los usos virtuosos del desorden en las ciudades; el desarrollo como forma de sobredeterminación de la vida urbana; las potencialidades de las infraestructuras para el desorden; las posibilidades del trabajo conjunto entre redes vecinales y activistas y las municipalidades; y los límites de la resistencia local al enfrentar al sistema capitalista.

Jaime Rodríguez Uriarte: Hoy vamos a hablar del libro de Pablo Sendra y Richard Sennett titulado *Diseñar el desorden: Experimentos y disrupciones en la ciudad*. Yo, junto con ambos autores, voy a intentar convencerlos sobre la importancia que tiene pensar desde las coordenadas que propone este libro.

Para comenzar a reflexionar sobre qué es el desorden y cómo es que nos puede ayudar a pensar los temas que se han expuesto en estas jornadas dedicadas a la innovación en Artes y Humanidades, voy a contar un poco la historia de este libro. En 1970, Richard Sennett publicó *Vida urbana e identidad personal: los usos del desorden*, en el cual planteó una defensa de ciertas formas de desorden como vías de resistencia frente a órdenes impuestos que preservaban una determinada forma de experiencia de la vida urbana, un tipo de experiencia que coartaba la verdadera vida bulliciosa de las ciudades modernas. En ese libro, Richard planteaba una denuncia y detectaba el síntoma de un mal urbano. Es complicado traducir al castellano la palabra “desorden”, ya que el término en inglés, *disorder*, tiene un triple sentido: el de desorden mental, el desorden como carencia de orden, y el desorden como oposición o resistencia. Estas coordenadas van marcando un poco el terreno en el que se mueve el libro.

Basándose en esta búsqueda por las formas virtuosas del desorden, Pablo Sendra y Richard Sennett se unen para revisar las tesis planteadas en 1970, propuestas que constatan actuales, pero que, desde luego, matizan por las diferencias que el tiempo ha impuesto. Vuelven entonces a este libro en busca de estrategias para diseñar, crear y fomentar el desorden. *Diseñar el desorden...* es una obra, ante todo, propositiva y política, utópica, incluso, pero considerando lo utópico desde una concepción positiva, como aquello que es posible; algo parecido a como lo definía Lefebvre: lo posible es aquello que está en la realidad y le da sentido.

En este foro se ha hablado mucho sobre el conocimiento y sus diversas formas, y creo que conviene recordar que en el imaginario popular muchas veces asociamos el conocimiento a una cierta forma de imposición del orden; pensamos que conocer es algo parecido a imponer o encontrar un

¹ Este artículo es una refección de la conversación que mantuvieron Richard Sennett, Pablo Sendra y Jaime Rodríguez Uriarte el 20 de mayo de 2021 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, como parte del *Foro I+D+C: Encuentros de innovación en Artes y Humanidades*.

orden en la realidad, quizás encontrar un orden oculto de la realidad. Pero precisamente lo que los autores nos ofrecen en este libro es todo lo contrario: es buscar el desorden que oculta el orden de la realidad, un orden que quizás no sea más que una cierta forma de imposición. De modo que, al igual que podemos fabular sobre el origen de la biología e imaginar que en un momento alguien, ante un paisaje prístino y ordenado, decidió levantar una piedra y encontró una maraña bulliciosa de bichos, que no era otra cosa que vida, Sennett y Sendra levantan la pesada losa de hormigón en la que se han convertido muchas de nuestras ciudades. En ese sentido, me gustaría empezar lanzando una pregunta precisamente sobre esta idea de desorden que vincula los dos libros. Quisiera preguntar por las continuidades y discontinuidades que encuentran entre estos dos títulos. ¿Por qué se pasa de señalar los usos del desorden a diseñarlo, a hacer un acto creativo? ¿Cuáles son los cambios que permiten este recorrido que inició hace 50 años como un momento crítico y que ahora se transforma en un instante crítico y propositivo? ¿Por qué volver al desorden? ¿Qué implica pensar el desorden?

Richard Sennett: En el momento en el que escribí ese primer libro, me di cuenta que el desorden era un problema central en la cultura burguesa. En aquel momento pensaba que la diversidad de experiencias podía poner en cuestión la autoformación burguesa; pero ha pasado mucho tiempo ya de eso, 50 años. Una de las cosas que he hecho durante mi carrera es consultar con las Naciones Unidas diferentes problemas prácticos; y lo que ha aparecido una y otra vez en el trabajo que he hecho en diversas ciudades fuera del contexto occidental burgués es la imposición del nuevo orden económico sobre la vida de la gente. El desarrollo es una forma de sobredeterminación de los modos de vida de las personas. Entre los problemas a los que se enfrenta la gente en su vida práctica está librarse de la imposición de un orden exterior. Así que lo que empezó como una cuestión cultural, con el paso del tiempo, se ha convertido en una cuestión práctica sobre cómo soltar este orden sobredeterminante; cómo puede la gente tener más propuestas que sugieran diferentes formas de desarrollo. En este punto me encontré con Pablo, que es arquitecto, y que estaba pensando cómo crear una infraestructura en la ciudad que permitiera experimentar un debilitamiento de esta sobredeterminación. Esto es básicamente lo que trata nuestro libro: cómo crear las condiciones para que una ciudad se desarrolle, ya sea en el Tercer Mundo, en Europa o en América, de forma que permita más proposiciones, más experimentaciones, menos ejecución de un plan maestro. Nos preguntamos cómo implicar a más gente en la creación de las formas de sus propias vidas. Para mí esta es la problemática central del libro; este problema en la actualidad me parece de gran importancia. No estamos viendo más experimentos en las formas urbanas, lo que estamos viendo es una prevalencia intelectual de estas cuestiones.

Pablo Sendra: Quiero completar un poco esa respuesta desde mi experiencia. Cuando yo leí *Los usos del desorden* en 2009, yo era un estudiante de Máster y tenía 25 años, que es la edad que Richard tenía cuando él escribió este libro, y ese momento, finales de los 60, coincidía mucho con el momento en el que íbamos entrando al principio de la década de los 2000; sobre todo por dos cuestiones fundamentales, en primer lugar, por los movimientos sociales. Encontré bastantes paralelismos entre lo que pasó en el Mayo del 68 y lo que pasó a partir de 2011 con la Primavera Árabe, el 15M, y luego con Occupy Wall Street. Vi que realmente se daban dos momentos muy concretos en la historia, separados por 50 años, en los que se ponía en crisis el capitalismo y se contestaba desde abajo, sobre todo con esta idea del 99% contra el 1%. La segunda coincidencia era el orden que se imponía en las ciudades desde el urbanismo. En los años 60, el movimiento moderno impulsó una serie de órdenes

que se vieron reflejados en las autopistas que cruzaban la ciudades y en otros desarrollos urbanos muy funcionales; ese era el tipo de orden que Richard criticaba en su libro de 1970, un orden que no permitía a las personas enfrentarse a la diferencia o experimentar experiencias no controladas y no esperadas. Yo veía paralelismos entre lo que ocurría en esos tipos de orden con lo que se imponía en la década del 2010, sobre todo en cómo la especulación inmobiliaria había dado lugar a un tipo de ordenamiento que, en muchos casos, incluso se convertía en la demolición de viviendas sociales y la construcción de otros desarrollos privados. Había una diferencia, el urbanismo de los 60 y 70 estaba impuesto por el Estado, eran mayoritariamente proyectos estatales y públicos, y, en cambio, en la década de 2010, los desarrollos estaban impuestos por los especuladores inmobiliarios.

Sobre el carácter propositivo del libro quiero mencionar dos cuestiones; la primera es que me dediqué a estudiar cómo los movimientos sociales respondían a estos órdenes impuestos a través del activismo; y la segunda, es que empecé también a pensar como arquitecto, como estudiante de diseño urbano, qué tipo de intervenciones de diseño urbano podrían hacerse en el espacio público, en la infraestructura social y comunitaria, para provocar encuentros inesperados, esas actividades no planeadas. A partir de ahí fue cuando comencé a pensar, escribir y dibujar propuestas, que después comenté con Richard cuando finalmente nos conocimos

Jaime Rodríguez Uriarte: Me parece particularmente interesante cómo todo esto lo recoges en una idea que me parece casi poética, que es un oxímoron muy sugerente: “infraestructuras para el desorden”. Este término casi parece una disonancia cognitiva, porque solemos asociar la infraestructura precisamente con algo monolítico. Ahora, tu lectura del libro de Sennett lo materializas en propuestas concretas, me gustaría que desarrollaras un poco más esta idea de las “infraestructuras para el desorden” y que nos contaras qué tipo de propuestas las constituyen.

Pablo Sendra: Elegí la palabra “infraestructura” porque, al final, lo que una infraestructura hace es crear condiciones. La infraestructura urbana actual lo que hace es darnos posibilidades de tener acceso a agua caliente, a electricidad, y a diferentes facilidades; también lo hacen las infraestructuras sociales. Entendamos la infraestructura social como las redes personales y espaciales que facilitan el encuentro social urbano; el encuentro social en las ciudades también suscita posibilidades. Yo pensé la infraestructura para el desorden como un híbrido entre la infraestructura física de cables, de pavimentos, de mobiliario urbano, y esa infraestructura social. Quería pensar cómo ambas pueden estar conectadas y crear condiciones para lo que Richard definía como “usos del desorden”, que eran esas condiciones, esas situaciones no planeadas, que te hacen más tolerante a la diferencia, situaciones que propician el encuentro entre personas y que hacen que la gente negocie.

El libro está dividido en capítulos que exponen procesos, y uno de los procesos iniciales que propongo pensar lo llamo “disrupciones iniciales en la infraestructura”, que se refiere a cómo conseguir que la infraestructura se haga de forma mucho más colectiva, es decir, cómo conseguir partir de una infraestructura existente y cómoda, para ponerle una capa colectiva; cómo acondicionar infraestructura que hace que personas que no habían hablado entre ellas anteriormente empiecen a interactuar. Sobre este tipo de propuestas desarrollo en el libro varios casos; por ejemplo: las cooperativas de energía solar que han surgido en Londres. Con ayuda de una organización, un grupo de vecinos que solían tener poca interacción social entre ellos decidieron montar una cooperativa energética, por lo que tuvieron que empezar a negociar cuestiones como cómo utilizarían esa energía, si el excedente les daba un beneficio económico para qué lo utilizarían, etc.

Así se empieza a producir una infraestructura social y una red de relaciones sociales que parten de esa infraestructura física. Puede ser a veces una estructura tecnológica o una infraestructura social como una cocina vecinal.

Jaime Rodríguez Uriarte: Parece vislumbrar que estas infraestructuras no solo pueden ser formas de interactuar o de intervenir en la ciudad, sino que en sí mismas promueven un concepto distinto de la ciudad que puede generar, a su vez, un contexto de conocimiento. Me parece interesante pensar hasta qué punto estas infraestructuras son también fuentes de conocimiento; por ejemplo, en el libro exponen la necesidad de que haya un feedback continuo que mantenga activas estas infraestructuras, que las mantenga abiertas, desordenadas en el sentido que venimos manejando.

Richard Sennett: La mejor manera de entender esto es pensar en una analogía musical: la improvisación. Cuando un grupo de músicos improvisa, no se trata de un ejercicio libre en el que valga cualquier cosa, hay un conjunto de técnicas y de formas que configuran las reglas sobre las que se puede hacer un riff, o guardar silencio. Los improvisadores musicales trabajan con algunas reglas, aunque se dediquen a subvertir otras. Así es la infraestructura musical, sin ella, sin estas reglas, no hay interacción. Al final, todo se trata de la música. Estamos proponiendo que los lugares sean justamente espacios de improvisación y de música. Es muy importante especificar algo, no sé si en castellano se puede diferenciar esto, pero en inglés la palabra *disorder* no es lo mismo que la palabra *chaos*. Lo que nosotros exploramos es el desorden, en el caos todo vale, es azar; desordenar, en cambio, es un proceso de reconfiguración para que no haya una forma dominante y predecible que suprima las posibilidades latentes. Ese es el motivo por el que la palabra infraestructura es tan importante para nosotros, porque sin entender qué es posible, cuáles son las formas, no hay libertad.

Jaime Rodríguez Uriarte: Leyendo sobre todo la última parte del libro parece que hay una diferencia, no de concepto pero sí de perspectiva, entre lo que propones tú, Richard, y lo que propone Pablo. Cuando comentas el caso de las escuelas que construiste cuando trabajabas para la ONU, meditas sobre el papel de los activistas y el papel del planificador o del urbanista en estos proyectos, ¿hasta qué punto crees que ambas labores pueden cruzarse o deben mantenerse separadas? ¿Hasta qué punto podemos extraer conocimiento directamente del desorden? ¿Podemos obtener conclusiones sobre él estando inmersos o se requiere distancia?

Richard Sennett: No tengo una respuesta, pero tengo un comentario. La única manera de que sea democrático el trabajo de planificación es que el planificador, en determinado momento, pueda desaparecer, y que la gente en la comunidad pueda tomar sus propias decisiones. Todo plan tiene puntos buenos y malos, pero no hay una mejor práctica en la planificación, eso pertenece al orden dominante, pertenece al Banco Mundial, no pertenece a la gente. Una vez que pones de lado la idea de que hay una mejora práctica, entonces está la cuestión de cómo democratizar la planificación. La mayoría de la gente, sobre todo pobre, no tiene formación técnica para la planificación, así que tienen que tener propuestas que puedan analizar y explorar, y esta es la función del planificador; pero en determinado momento, cuando la gente quiere hacer la comunidad por sí misma, entonces el planificador tiene que irse. En mi trabajo de planificación esto fue así, me fui cuando mi trabajo ya estaba hecho, luego la comunidad tomó sus decisiones. En términos generales se puede decir que es cierto que contrarrestar el desequilibrio de poder y generar formas democráticas de libertad depende

de que las propuestas, en sí mismas, sean generadoras de conocimiento. La persona que crea la alternativa, al final, tiene que estar ausente para no privilegiar una solución sobre las demás. Así es como yo he trabajado, y creo que las propuestas que Pablo ha presentado son una manera de entender cómo este problema de la creación y la salida del planificador se puede gestionar en todo tipo de planificaciones urbanas, no solo en aquellas para las personas pobres.

Pablo Sendra: Trabajando en procesos participativos he tenido dos tipos de experiencias que creo que son distintas y merece la pena diferenciarlas, aunque haya interacción entre ellas. La primera es cuando te llama una autoridad local, un Ayuntamiento, por ejemplo, para llevar a cabo un proceso participativo, para diseñar espacios públicos. Un caso que ejemplifica esta experiencia fue cuando, en Wimbledon, el Ayuntamiento nos encargó hacer un proceso de ecodiseño con las comunidades. Era algo parecido a lo que comentaba Richard, en el sentido en el que mostramos una serie de posibilidades, desarrollamos talleres con ellos, y acordamos un diseño con la comunidad. Cuando eso se termina, nosotros damos un paso atrás como arquitectos y como urbanistas, y es el Ayuntamiento el que construye el espacio público. Nosotros solo damos una serie de posibilidades y el Ayuntamiento las adopta.

Sin embargo, también hemos tenido una experiencia en Londres que es bastante diferente, y que es, por ejemplo, cuando a un grupo de vecinos y vecinas les quieren demoler las viviendas, y ellos acuden a mí para hacer un plan alternativo. Considero esta experiencia algo bastante interesante, sobre todo porque se desarrolla este intercambio de conocimiento y también esta infraestructura colectiva, en cuanto que se empiezan a desarrollar una serie de talleres, reuniones y discusiones que van construyendo una sinergia entre los vecinos y vecinas, para proponer un plan alternativo al Ayuntamiento. Yo les acompaño como arquitecto en todo ese proceso y les hago un plan vecinal. Hace un año estuve involucrado en un proceso donde estuvimos acompañando a un grupo en negociaciones con el Ayuntamiento, les propusimos un plan con el que teníamos evidencia científica y social de viabilidad económica; ahí el arquitecto empieza a tener una función más híbrida: el plan que desarrolla con los vecinos es un plan de activismo también.

Me atrevería a decir que hay muchas versiones diferentes de esta situación; una muy interesante que aparece en el libro, en la que yo no estaba involucrado como arquitecto pero sí como usuario, es el de Gillett Square, una plaza en Dalston. Ese ejemplo responde muy bien a lo que Richard comentaba sobre la analogía de la música. Ahí los arquitectos fueron varios, primero Hawkins\Brown y luego MAD Architects; ellos fueron pasando por esa plaza y propusieron una infraestructura. La plaza comenzó en un aparcamiento con una serie de quioscos en el espacio público y unas rentas muy bajas que tomaron varias comunidades afrocaribeñas. La gente se congregaba en los quioscos, lo que provocó que se pidiese hacer un espacio público; entonces se pavimentó una plaza y empezaron a surgir muchas otras cosas. Tiempo después llegaron otros arquitectos y pusieron unos contenedores de barco en la plaza llenos de diferentes infraestructuras: sistemas audiovisuales, mesas de ping pong, pérgolas de mercado, estructuras para cines de verano; todos estos son los elementos musicales que ha mencionado Richard. Esto va mucho más allá de la participación en reuniones vecinales; es un ejemplo de cómo se dan una serie de posibilidades que la gente puede utilizar libremente y que da lugar a esa improvisación de la que habla Richard.

Jaime Rodríguez Uriarte: Me interesa explorar hasta qué punto esta forma de improvisación puede ser en sí misma, como se señaló antes, una nueva forma de conocimiento; es decir, hasta qué punto este tipo de intervenciones no son solo intervenciones técnicas y tampoco únicamente

intervenciones político-sociales; o bien, si precisamente porque son intervenciones políticas y sociales son también intervenciones cognitivas que pueden situarnos en un lugar mejor para comprender la situación urbana y para crear un conocimiento distinto. Mi pregunta es ¿hasta qué punto este tipo de intervenciones, que son respuestas a una pregunta que se plantea sobre la ciudad, no nos devuelve otras preguntas? ¿Cómo es que estos procesos deliberativos lo que hacen es poner en marcha otro proceso de constantes preguntas entre el espacio, los usuarios, los interventores y aquellos que observan, como los sociólogos y otros estudiosos de los fenómenos urbanos?

Richard Sennett: En términos generales, es un poco lo que pasa con las estructuras montables y desmontables, la gente se las puede llevar y no queda huella de esto. Lo que sucede en la historia del arte es que las improvisaciones que aparecen dejan una huella, no como forma, sino como un esqueleto. De alguna manera se generan marcos que se transmiten entre diferentes músicos, que se impregnan y se reabsorben como un procedimiento tradicional. En el contexto urbano esto explica por qué el entorno físico es tan importante: es un lugar en el que se dejan huellas de las maneras de habitar. Esto parece evidente, pero lo digo porque deberíamos imaginar una cultura urbana que está en un proceso infinito, que va de generación en generación improvisando todo el tiempo. A veces ese diálogo se constriñe por los objetos urbanos y tiene que haber puntos de conexión entre generaciones. Esto es evidente en la vivienda, hay muchas innovaciones en la vivienda que se produjeron en las ciudades en el siglo XIX, y se convirtieron en algo problemático en el siglo XX, por ejemplo, los materiales. Por eso es muy importante que analicemos el punto final del proceso de desorden. El objetivo es crear objetos democráticamente con la ayuda de gente como Pablo y como yo, pero al final se convierten en puntos de referencia.

La idea de la ciudad como cultura urbana es algo que está en una discusión incesante. Es al mismo tiempo poco realista y reduce, si queréis, la sostenibilidad de la propia cultura. Ya sabéis que soy un buen marxista, ese es mi prejuicio, mi sesgo, y en último extremo creo que la cultura es material, la cultura son las infraestructuras materiales que se crean y luego permiten convertirse en puntos de referencia para generar nueva cultura; este es el tipo de esquema que seguimos en el libro: cómo se producen cosas, no ideas, en torno a las que la gente puede pensar. Esto es la infraestructura: producir cosas con las que las personas puedan pensar.

Pablo Sendra: Uno de los ejemplos que ilustra esta pregunta sobre la generación de conocimiento, y que también enlaza con esta conexión con lo material de la que habla Richard, con esa importancia de los objetos, y el apego y el conocimiento que la gente va generando con lo físico, es un caso que utilicé mucho en el libro que es el de una autopista elevada en Londres que se llama Westway; esta autopista se construyó precisamente cuando Richard estaba escribiendo su libro a finales de los 60. Westway suponía una imposición de orden en la ciudad, pero los vecinos y artistas contestaron a esto a través de acciones muy materiales: fueron construyendo juegos para niños debajo de la autopista, y empezaron también a tener otras acciones de autoconstrucción, interacciones socio-materiales. Así, hicieron que los diferentes actores locales consiguieran negociar con el Ayuntamiento de Londres que todo el espacio debajo de la autopista fuera destinado para uso comunitario. Se construyeron pistas deportivas, juegos para niños, incluso un rodeo de equitación, y un club. Años después, justo en ese barrio ocurrió la tragedia de la Grenfell Tower, una torre que se incendió muy rápidamente, porque habían puesto paneles de fachada inflamables; murieron 72 personas. Entonces, activistas vecinales, que recordaron lo que había pasado décadas antes, retomaron la idea de empezar a ocupar

espacios debajo de la autopista para darles un uso comunitario. La comunidad ocupó uno de estos espacios para convertirlo en un centro de donaciones de ayuda para superar el trauma. El recordar lo que había ocurrido 50 años atrás sirvió para retomar este conocimiento local, y no solo el conocimiento, sino la acción de generar infraestructura física y social

Jaime Rodríguez Uriarte: Estamos en el décimo aniversario del 15M, que tuvo también esta pulsión que comentaba Richard de construir algo. Vimos cómo las acampadas acababan teniendo una cierta dimensión arquitectónica, aunque precaria; pero luego, de algún modo, diez años después de que eso pasara en las plazas, todo acabó desapareciendo. ¿Qué memoria queda? ¿Cómo quedan esas huellas de las que hablaba Richard? ¿Cómo prevalece esa pulsión por construir? ¿Permanece en la labor de los movimientos de base, de los movimientos activistas?

Pablo Sendra: Creo que uno de los legados principales del 15M, y que es una de las cuestiones de las que hablamos en el libro, es esa interacción entre las redes y el municipalismo. Esto puede ser debatible, pero yo creo que sin el 15M, a lo mejor, no hubiesen ocurrido las iniciativas municipales que acontecieron en Barcelona, que continúan en Madrid, en La Coruña o en Cádiz; yo creo que hay un gran legado del 15M. Pongo como ejemplo a Ada Colau, de quien por cierto habló mucho en el libro, una activista de vivienda que llega al poder municipal y se enfrenta con buscar maneras de construir instituciones abiertas, que se conecten directamente con las redes de activistas y con los movimientos vecinales, con todos los desafíos que eso puede conllevar. Gracias a esto también se han ido generando propuestas materiales muy concretas, por ejemplo, en Barcelona está ahora el proyecto de las Supermanzanas, que tiene también sus cuestiones más controversiales, pero que busca abrir espacio público a la ciudadanía.

Cuando hablo de redes y de municipalismo, hablo de cómo realmente la ciudad anárquica a la que se refería Richard en los años 70 se puede construir a través de iniciativas concretas vecinales o comunitarias, que, aunque entre ellas son independientes y cada una tiene su forma de toma de decisiones, trabajan entre ellas en red. Esas redes se conectan con el municipalismo, con un poder institucional que ayuda a redistribuir la riqueza y que asegura un cierto bienestar, pero que aprende continuamente de la base del movimiento, desde abajo. Por ejemplo, Ada Colau, cuando renovó su alcaldía en 2019, decía que gran parte de sus logros en los cuatro años de su administración habían sido gracias a los movimientos sociales. Yo creo que eso es bastante representativo de cómo una municipalidad puede estar más abierta al estar más conectada a los movimientos sociales.

Si volvemos un poco a la infraestructura material y física, una de las cuestiones clave que proponemos en el libro es: cómo realmente se puede construir –y con esto hablamos casi de una alfombra tecnológica– una infraestructura material colectiva que es independiente de la municipal, que tiene sus propias formas de distribuir la energía, los recursos, etc., pero que en determinados puntos se conecta con la municipalidad con el objetivo de intercambiar recursos con otras comunidades.

Richard Sennett: Quiero añadir una cosa que me parece importante. Un límite en el discurso de las propuestas que hacemos es que el potencial económico es mucho menor que el potencial político. No creo que el tipo de pensamiento que estamos haciendo sea una manera de resolver la desigualdad económica. Desde mi punto de vista, la manera de abordar la desigualdad tiene que ser de arriba a abajo y no de abajo a arriba. El desarrollo comunitario no va a resolver los problemas de la dominación

del capital sobre el trabajo; así que es importante entender que la acción comunitaria y la creación de cultura urbana se enfrenta con problemas que no son socialmente transformables. Debo decir que durante las décadas en las que estuve trabajando con las Naciones Unidas muchas veces veía que lo que hacíamos estaba construyendo enclaves en las ciudades, no las transformaba. Este tipo de construcciones comunitarias crean una esfera de resistencia, más que convertirse en una inspiración para transformar las estructuras dominantes del capitalismo en sí mismo. Es importante reconocer esto. Nunca he creído que la transformación social empieza localmente. Esto es una fantasía. La transformación social local sigue siendo local y esa es su virtud, pero es un dominio de resistencia, no un terreno de cambio revolucionario. Con mucha frecuencia hemos sido poco modestos de lo poderosa que es una ciudad, en realidad no lo es tanto. Las cosas que Ada Colau ha hecho son maravillosas, pero España sigue siendo una sociedad capitalista. Es importante situar la pugna en la que estamos trabajando.

Jaime Rodríguez Uriarte: Quiero lanzar una última pregunta que me gustaría hacerte, Richard. Al comienzo del libro, no sé si con una nota optimista o pesimista, tomas la imagen del París en el que vivió Benjamin Constant en la primera década del siglo XIX como ejemplo de cómo una sociedad traumatizada por los estigmas de la revolución, la guerra y el imperio napoleónico, puede ser capaz de buscar y encontrar una forma de convivencia dentro de la diferencia, de la diversidad, de lo inesperado. Una forma de vida política que quizás esté abierta a la novedad.

Richard Sennett: Para mí fue muy inspirador. Cuando Pablo y yo estábamos escribiendo este libro, estábamos en medio del gobierno de Trump, que puede volver, en realidad, puede convertirse en el poder gobernante en Estados Unidos, y me preguntaba: ¿cómo sobrevivir en un lugar injusto y a qué nivel se sobrevive? Creo que la supervivencia puede pasar por crear un espacio alrededor que esté lleno de posibilidades para ti y para la gente con la que vives, pero no en el plano de las políticas. En el plano de las políticas sociales, siendo realistas, esto es muy deprimente, porque estamos en una época donde hay un impulso fascista muy fuerte, pero creo que en las ciudades podemos resistir ese impulso. Lo que hizo Constant en su generación fue hacer una resistencia espacial para sí mismo junto con muchos seguidores, y eso contrapone una vida con otra. No me gustan los términos pesimista u optimista, tenemos que dar crédito a la voluntad de generar un espacio de resistencia, y este espacio tiene que ser urbano y estar lleno de gente y diversidad, entonces sí algo se puede hacer para construir físicamente un tipo de cultura en ese espacio, como se construyó en París a inicios del siglo XIX. Un tipo de cultura que permite diferentes maneras de vivir juntos. En realidad tiene que ver con generar un espacio más musical, un espacio de improvisación.

Pablo Sendra: Una de las cuestiones que nos unen a Richard y a mí es que el libro lo que intenta es proponer posibilidades y soluciones. No es un libro que se limita a criticar los males del capitalismo, sino que es un libro que lanza propuestas urbanas concretas que tienen parte social, parte política y parte material. Yo creo que eso es lo que nos unió a Richard y a mí, no quedarnos en la crítica sino pensar en posibilidades, y pensar en lugares y situaciones donde han ocurrido esas posibilidades, ya sea el París de Benjamin Constant, una plaza en el este de Londres o una autopista. No es una cuestión de pesimismo u optimismo, es pensar posibilidades, aunque muchas veces sean pequeñas, de contestar a fuerzas dominantes.